

CLARK, A. y HARAWAY, D. (2025): *Generar parentesco no población*, trad. Guadalupe Alfaro, Rara avis, 195 pp.

En *Generar parentesco, no población* (2025), las compiladoras Adela Clarke y Donna Haraway buscan generar políticas a favor del parentesco y no natalistas que estén basadas en los estudios feministas de las ciencias, para así generar una justicia reproductiva multiespecie, que atienda a la justicia medioambiental, humana y no humana. El medio para alcanzar dicho objetivo es la proliferación del parentesco (si no es biológico mejor), por lo que a lo largo de los capítulos nos encontraremos con diversas prácticas situadas que nos permiten pensar el parentesco y aquellas situaciones que debemos cambiar, para hacer posible la proliferación de diferentes formas de establecer parentescos.

Las compiladoras tienen este objetivo debido a que “como feministas progresistas durante mucho tiempo nos hemos opuesto a las políticas y prácticas de control de la población, es decir *al uso de cualquier forma de coerción* sobre las personas con respecto a sus vidas y futuros reproductivos, por ser contrario a los derechos reproductivos y la justicia feminista” (p. 16). El problema con oponerse a las medidas de control poblacional es que llegó un punto en el que las compiladoras no pueden ignorar el aumento desmedido de los humanos en el planeta y las consecuencias que el mismo conlleva para el medio ambiente. Por esto Clarke, en la presentación del libro, retoma la propuesta de Haraway: “tenemos que generar nuevas invenciones de parentesco, nuevos conceptos y prácticas para hacer parientes y amigos” (p. 16).

El libro está compuesto por cinco capítulos, en el primero escribe Ruha Benjamin, Donna Haraway en el segundo, Michelle Murphy en el tercero, el cuarto está co-escrito por Yu-Ling Huang y Chia-Ling Wu y el quinto capítulo por Kim Tallbear. Como puede observarse, aparecen voces de los Estados Unidos y Canadá, hasta autoras del continente asiático, aún así siguen sin aparecer voces latinoamericanas, lo cual constituye un problema y una pregunta: *¿por qué hablamos de natalismo en diferentes países del mundo, pero no de las problemáticas referidas al natalismo en países de América Latina?* Esta pregunta no pasa desapercibida en el prólogo del libro escrito por

Julietta Massacese, quien reconoce que, en Argentina, se ha producido un cambio discursivo significativo. Mientras que, antes del gobierno de Mauricio Macri, se afirmaba que las mujeres pobres buscaban embarazarse para poder cobrar la Asignación Universal por Hijo, en la actualidad el discurso sostiene que las mujeres, a causa de tener otros proyectos, por ejemplo su educación y desarrollo profesional, no se embarazan lo suficiente.

Este cambio se dio a partir del surgimiento de movimientos de derecha que reclaman que las mujeres tengan más bebés, cuando lxs integrantes de dichos movimientos no se reproducen, pero aún así se sienten con el derecho de exigirle a otras mujeres a que sí lo hagan sin importar el sacrificio que implica la maternidad en sus vidas. Según Massacese, llamativamente, estas personas suelen ser fanáticas de los perros de raza los cuales son similares a los bebés producidos mediante la subrogación de vientre y la fertilización asistida. Esto es importante porque demuestra, en parte, cómo la paternidad y la maternidad para algunxs puede ser un deseo fácil de satisfacer dado sus condiciones socioeconómicas y cómo para otras personas, debido a sus condiciones socioeconómicas el deseo de tener hijos es imposible, ya que en Argentina cada vez es más difícil cubrir las necesidades básicas.

El último problema que presenta el prólogo es el de los grandes números, el cual está presente en todo el libro a partir de la pregunta: ¿Podríamos tener mejores maneras de entender los números, sin que los mismos paralicen toda posibilidad de acción? Massacese, pone como ejemplo a Argentina y el Índice del Riesgo País que entiende a la economía como macroeconomía. En lugar de este índice, la autora nos dice que podríamos tomar el Índice de Desarrollo Humano que mide salud, educación y bienestar, para así invitarnos a medir los cuidados de la población y no la posibilidad de endeudamiento de la misma.

Las vidas negras importan: cultivar la bondad como justicia reproductiva

En el primer capítulo, Ruha Benjamin nos presenta el concepto de Afterlife para hablar de “un periodo de uso y existencia continuado o renovado más allá de lo que se considera normal, primario o esperado” (p. 49). Con este concepto ella busca explorar cómo la gente blanca siempre accede a un mundo de segundas oportunidades el cual les permite nuevamente privar a la gente de color de sus vidas, un ejemplo de esto es la limpieza del expediente de la policía Betty JoShelby después de ser absuelta del homicidio de Terence Crutchcer, un hombre de color que al momento de ser asesinado estaba desarmado y manejando su motocicleta. La autora ve que en Estados Unidos, las vidas blancas y las muertes negras son inextricables, es decir que no hay una sin la otra y es por esto que para ella los sistemas racistas son sistemas reproductivos, en tanto llaman a la reproducción de vidas blancas, a costa de la reproducción de las vidas de las personas de color.

Por reproducción Benjamin se refiere tanto a la reproducción biológica que genera vida como a la reproducción social que genera posvida o *afterlife* que consiste en un mundo de segundas oportunidad que únicamente existe para los blancos y que les da nuevamente la oportunidad de arrebatarles la vida a las personas de color. Las personas blancas y las personas de color se encuentran en un desfase donde los primeros siempre acceden a segundas oportunidades, mientras que los segundos solo tienen una oportunidad, la cual ya está delimitada por el accionar de la gente blanca.

Por lo anterior, es que la autora retoma la idea de la copresencia para así poder problematizar la fina línea que separa a los muertos y a los vivos y, de esta forma, reconocer que las posvidas negras importan y debemos comunicarnos con ellas, para así vivificar la acción colectiva y ser capaces de enfrentar al racismo presente en la sociedad norteamericana. Con esta idea Benjamin finalmente nos dice que podemos devolverle la vida a las posvidas negras por medio de un rechazo tenaz a su olvido.

En resumen, Benjamin postula una etnografía de las posvidas negras que sea feminista y que por medio de la copresencia ancestral se destaque el papel de las tecnologías espirituales cotidianas, que suelen pasar desapercibidas en el ámbito de las tecnociencias. Aquí importan nuevamente nuestras historias en tanto las mismas producen formas y recursos para construir el mundo que queremos.

Desde esta perspectiva es posible preguntar: ¿a qué se ve obligada una persona cuando pertenece a una población racializada? En muchos casos, se ve obligada a habitar espacios subterráneos que le permitan forjar nuevas formas de parentesco. Uno de estos espacios es la posvida. Esto nos permite ver a la conexión con las posvidas negras un medio para establecer aquellos parentescos que resultan necesarios para hacer frente al racismo presente en la sociedad.

Generar parentesco en el Chthuluceno: reproducir la justicia multiespecie

En el capítulo dos, Haraway denomina al tiempo actual como Chthuluceno que es: “el tiempo del deseo de una justicia medioambiental y reproductiva multiespecie, de un florecimiento aún posible, de SF —fabulación especulativa, hecho científico, ciencia ficción— en el modo del feminismo especulativo” (p. 72). Es en este contexto que la autora nos invita a generar parentesco como una manera de resistir a las prácticas de generar población y así ser capaces de hacer una justicia reproductiva, ambiental y multiespecie. La resistencia ante esas prácticas es necesaria, ya que las mismas se rigen por una noción de valor entendida como crecimiento económico ilimitado. En cambio, Haraway por medio de la justicia reproductiva, propone una noción de valor referido al “florecimiento natural y cultural, humano y no humano a través de generaciones de parientes terrenales” (p. 71). Con esto Haraway busca que, en lugar de traer más humanos a un mundo con condiciones de vida apremiantes, nos enfoquemos en mejorar las condiciones de vida que afectan en el día a día a quienes ya habitan la tierra.

La autora, al igual que Murphy, reconoce los problemas que conlleva el concepto de población como marco teórico y aun así elige conservarlo, ya que ve que la población en tanto concepto sigue haciendo un trabajo sucio que nos permite reconocer aquellas vidas y muertes que elegimos ignorar, cuya ignorancia y posterior olvido a su vez, crean un mundo donde dichas vidas y muertes son entendidas como datos que no entran en los números que hacemos de nuestra vida y muerte en el planeta. Haraway nos invita a elaborar nuevas escalas y patrones de distribución que nos permitan hacer un mundo más justo y diferente al presente, esta invitación se debe a que “fabricar hechos buenos es un trabajo fundamental para adultos no cínicos, amigos de la ciencia y bien capacitados” (p. 88). Aquí se ve cómo debemos producir números que no nos paralicen, sino que nos impulsen a la acción para así cambiar el mundo presente.

Ahora bien, ¿cómo se relaciona esto con el problema del natalismo? Haraway nos dice que es necesario generar parentesco y no población, por lo que debemos generar parentesco y no bebés. Esta consigna no va en contra de los bebés que aún no han nacido, sino que nos invita a hacernos cargo de quienes ya han nacido, para así por medio de las prácticas inventivas de parentesco brindarles un mundo que les sea verdaderamente favorable para existir, a diferencia de las políticas estatales y las tecnociencias que solo se aplican para el tipo adecuado y deseado de bebés. Por lo anterior es que “necesitamos métodos anticonceptivos que sean amigables para varones y mujeres, métodos que la gente realmente quiera usar y no que estén impuestos por programas de control poblacional, que tienden a privilegiar medios fuera del control de la persona, especialmente del control de la mujer” (p. 95). Esta cita refiere a como ante el desmedido crecimiento poblacional, es necesario la creación de métodos anticonceptivos que no actúen como dispositivos de control sobre los cuerpos que elijan utilizar dichos métodos, sino que los mismos respeten la autonomía del cuerpo propio al momento de elegir no reproducirse.

Contra la población, hacia la altervida

La *alterlife* (altervida) es “la lucha por existir de nuevo, pero de forma diferente, cuando ya se está en condiciones conflictivas, perjudiciales y morales, un estado de ya haber sufrido una alteración, de ya estar viviendo las consecuencias y, sin embargo, persistir” (p. 111). En este capítulo Murphy propone el concepto de altervida para que dejemos de lado la noción de población como marco teórico, en tanto la misma permite una abstracción de las vidas que se enumeran detrás de la cifra poblacional. La *alterlife* implica reconocerse como un humano dañado en un mundo que nosotrxs hemos dañado y aquí es donde reside el potencial de este concepto en tanto el mismo nos empuja a imaginar nuevas forma de habitar él (y con) el mundo, donde dejemos atrás aquellas prácticas que lo dañaron en el pasado y que lo siguen dañando en la actualidad, por lo que también nos dañan a nosotrxs mismxs en tanto somos parte del mundo.

La noción de *alterlife* es clave para pensar una justicia reproductiva distribuida, ya que esta requiere la creación de nuevas infraestructuras que reconozcan el impacto que el capitalismo y el colonialismo generaron en el planeta y en los cuerpos tanto animales como humanos, para que así podamos establecer nuevas infraestructuras que permitan hacer nuevos mundos viables, con modos de relación más amables que nos permitan reducir daños y que también permitan el desmantelamiento de sistemas violentos para nosotrxs, para los seres no humanos y para el planeta mismo.

Finalmente, Murphy lo que hace con el concepto de *alterlife* es brindarnos la posibilidad de una existencia inteligente, en la que no ignoremos el daño que hemos producido en la naturaleza y en nosotrxs mismxs y que a partir del reconocimiento de dicho daño descubramos nuevas formas de estar en el mundo que sean menos dañinas para todos los seres que habitamos el planeta.

Nuevas biopolíticas feministas en Asia Oriental, una región de fertilidad ultra-baja

Yu-Ling Huang y Chia-Ling Wu nos dicen que Asia Oriental solía ser una de las zonas del mundo con una de las tasas de fertilidad más alta y hoy países como Taiwán, Japón y Corea del Sur han caído en lo que se denomina “tasa de fertilidad ultra-baja”, es decir 1,4 hijos por mujer. Las autoras ven aquí no un problema, sino una oportunidad para repensar la demografía desde una perspectiva crítica, para así reconocer las dificultades que hoy la población asiática enfrenta al momento de querer formar una familia y cómo en el reconocimiento de dichas dificultades se pueden encontrar algunas oportunidades que permitan generar lo que denominan *Sociedades conectadas*. Es decir, “relaciones sociales más innovadoras y orientadas a la comunidad, más allá de la propia familia” (p. 124).

Las autoras hacen esta propuesta, ya que por ejemplo en Taiwán quienes pueden recurrir a las tecnologías de reproducción asistida son únicamente las mujeres casadas con un hombre y a raíz de esto es que la situación de estos países puede convertirse en una oportunidad para limitar aún más la autonomía de las mujeres sobre su derecho a reproducirse al igual que su derecho a no hacerlo. Aquí se ve que una de las posibles causas de la tasa de fertilidad ultra-baja es que los países asiáticos a los que las autoras se refieren solo promueven un tipo de familia, el cual dado las condiciones socioeconómicas es casi imposible de lograr y a su vez haciendo esto, se elimina la posibilidad de que se hagan presentes nuevas formas de familia como lo pueden ser las familias uniparentales o familias con dos padres o dos madres.

Finalmente, Huang y Wu promulgan la proliferación de las sociedades conectadas, para así encontrar nuevas formas de hacer parentesco que vayan más allá de la familia tradicional y heterosexual que es la que estos países promueven. Hacen esto dado que en la actualidad la familia tradicional ya no puede cumplir lo que antes sí cumplía o parecía cumplir, en tanto funcionaba como una unidad de bienestar para sus miembros y a pesar de esto, la familia tradicional sigue siendo la que más apoyo recibe de los

gobiernos. Esto genera que las personas solteras y las personas ancianas terminen viviendo solas y no tengan otras personas en las que apoyarse.

Tener y hacer relaciones más allá del sexo y la familia coloniales

Kim Tallbear en el capítulo cinco recupera los sistemas de parentesco de las comunidades indígenas previo a la colonización en Estados Unidos. Aquí hay un paso entre cuando previo a la colonización, la unidad social fundamental del pueblo Dakota eran los grupos familiares extensos que contemplaban el matrimonio plural y, tras la colonización, el matrimonio monógamo y heterosexual se convirtió en la nueva unidad social fundamental. Este cambio modificó el lugar que ocupaban las mujeres en la familia en tanto que previo a la colonización, el lugar de las mujeres en la sociedad era más relevante y posteriormente, las mujeres no podían acceder a la propiedad privada si no estaban casadas con un hombre. Esta estructura familiar y colonial desarrolló un pronatalismo opresivo para las mujeres, que era necesario para la constitución de una nación, que, a su vez, iba a desposeer a los pueblos indígenas de sus parientes humanos y no humanos.

Por lo anterior es que la autora nos invita a recuperar los modos de hacer parentesco de las comunidades indígenas y así llevar a cabo un proyecto de descolonización que cuestione tanto a la monogamia como a la familia nuclear y así poder encontrar nuevas formas de hacer parentesco, que vayan más allá de las dos formas anteriormente mencionadas. En este sentido, promueve un regreso a estos tipos de parentesco por dos razones, la primera es que en ellos las mujeres tenían autonomía y la segunda es que dichos parentescos podrían llegar a ser más sostenibles que la familia nuclear bi parental, en tanto estos nuevos parentescos no se centrarán en la reproducción biológica de la especie humana y en su lugar se enfocarán en los cuidados de los seres humanos y no humanos ya presentes.

Consideraciones finales

Una reflexión final que nos propone el libro es la de comprender al exceso de población como una oportunidad para finalmente admitir que ahora más que nunca es fundamental hacer uso del parentesco como la herramienta que nos permita sacarnos de encima el peso que tiene la idea de la familia bi parental y heterosexual, para así formar parentescos que den lugar a dos cosas, por un lado, aceptar que existen nuevas formas de familia diferentes a la familia heterosexual y, por otro, apostar a formar una justicia reproductiva y multiespecie, en tanto la misma busca posibilitar la autonomía de los cuerpos, el bienestar de los seres humanos, de los seres no humanos y del planeta mismo.

Francisco Risso Patrón

STEYERL, H. (2025): *Medios calientes. Las imágenes en la era del calor*, trad. Maximiliano Gonnet, Buenos Aires, Caja Negra, 224 pp.

En el contexto del capitalismo digital, los modos de entrelazamiento de lo cotidiano con múltiples procesos de producción y circulación de lo visual, presentan una realidad tan compleja como cambiante. En este escenario, el trabajo de Hito Steyerl se ha erigido, tal como señalara “Bifo” Berardi en el prólogo a su primera compilación de artículos titulado *Los condenados de la pantalla*, como una “cartografía de la nueva sensibilidad emergente” (2014, p. 13). Este ejercicio de mapeo ha encontrado continuidad, a lo largo de los años, en un trabajo de recuperación y actualización constante de debates. Desde una mirada marcada por el inconformismo frente a las narrativas dominantes, en la trayectoria de Steyerl es posible reconocer una serie de tópicos recurrentes: el capitalismo, las transformaciones tecnológicas, la geopolítica, el mundo del trabajo y el rol del arte en la contemporaneidad.

Medios calientes: Las imágenes en la era del calor, constituye el tercer volumen de Hito Steyerl editado en español por Caja Negra. En este caso, el foco está dirigido a los procesos de gestión algorítmica de lo sensible implicados en las tecnologías de inteligencia artificial. Particularmente, esta serie de ensayos surge en el marco de procesos de experimentación de la autora con la producción de imágenes a través de modelos de IA generativos basado en LLM. Sin embargo, como cabe esperar, las reflexiones volcadas no se agotan en el nivel autorreferencial en torno a dicha experiencia. Por el contrario, esta se constituye en el punto de partida para extender líneas de análisis en torno a una multiplicidad de temas que barren, desde la especulación financiera a los conflictos militares contemporáneos, los cambios en el mundo del trabajo (y de lxs trabajadorxs), el consumo energético y el cambio climático.

El formato de ensayo breve se ha constituido, en el trabajo de Steyerl, en una herramienta que le permite compaginar profundidad crítica con lectura ágil, así como dar cuenta de un objeto de estudio en constante transformación como lo es el de la cultura audiovisual. Los once ensayos que conforman el libro no son la excepción en este sentido, los cuales permiten su abordaje de diversas maneras. Esto es, tanto enlazando unos con otros conformando una única obra, o bien como fragmentos que funcionan de manera autónoma.

En la mirada de Steyerl prima la transversalidad, un esfuerzo por trazar vínculos entre campos que a primera vista pueden resultar disímiles, inconexos o que operan en planos diferenciados. En función de este objetivo, la creciente ubicuidad de procesos mediados por tecnologías de la imagen da lugar a que estas se establezcan como el hilo conductor de sus reflexiones. En ese sentido, el componente material de las imágenes se presenta como el foco principal desde donde pensarlas. Frente a la evanescencia de la nube y la supuesta desmaterialización de lo virtual, Steyerl se encarga de traer a la superficie sus aspectos más tangibles. Principalmente, su fuerte dependencia a una infraestructura basada en el consumo intensivo de recursos.

Steyerl parte de una premisa principal, puesta de manifiesto en el párrafo inicial del libro. La misma refiere a que el capitalismo, en el nuevo contexto de la inteligencia artificial, se presenta como la suma de dos aspectos centrales: “poder computacional más burocracia” (p. 9). El desarrollo de los ensayos posteriores profundiza en las diversas implicancias de esta relación y, principalmente, de sus vínculos con nuevas tecnologías de producción y reproducción de imágenes.

En el libro, la autora retoma el recurso de la adjetivación de las imágenes como medio para particularizarlas. La “imagen pobre”, desarrollada en *Los condenados de la pantalla*, constituía una caracterización sumamente precisa del devenir de las imágenes en el panorama digital de comienzos del siglo XXI. En este volumen Steyerl redobra la apuesta con dos caracterizaciones de la imagen que se erigen como sus apuestas teóricas más agudas: las “imágenes medias” y las “imágenes de poder”. Dichas imágenes representan dos modos de pensar las imágenes que hacen foco en sus aspectos más sensibles, así como en su vínculo con el par burocracia-poder computacional, entendido como rasgo distintivo del capitalismo contemporáneo.

En líneas generales, la mirada de Steyerl entiende que este nuevo contexto –el de modelos de IA generativa basados en el aprendizaje automático– implica un cambio de paradigma respecto a la esfera de lo visual. En este sentido, el libro propone un escenario de ruptura con el paradigma fotográfico/óptico como acto de creación de imágenes. Dicho paradigma se basaba en la condición indicial propia de las imágenes, la cual implica, necesariamente, una relación de causalidad entre la luz, las leyes de la óptica y el ojo humano que las percibe.

Contrariamente, en el nuevo paradigma, la producción de imágenes se “orienta hacia la predicción y la aproximación mediante renderizaciones promedio basadas en conjuntos de datos gigantescos” (p. 50). En el contexto de lo que se entiende como un nuevo “paradigma estocástico”, el contacto con lo real se presenta filtrado estadísticamente. Esto implica su traducción a datos susceptibles de ser cuantificados, bajo la creencia de que, llevados a

una escala suficiente, estos son capaces por sí mismos de dar a conocer los patrones subyacentes de la realidad a la que representan.

Este salto de paradigma también plantea consecuencias al nivel de la producción artística y cultural. En un escenario donde lo que prima es la estadística, la autora alerta acerca de un proceso de convergencia hacia la media de las producciones culturales. Su resultado es una corriente dominante de imágenes promedio, cuyo ajuste a la norma del conjunto de datos en base a la que fue entrenada constituye su condición de existencia. Esto se vincula a su vez, con una cierta percepción de estancamiento de la producción cultural bajo este nuevo paradigma. “Recombinaciones estadísticas populares y no controvertidas de estilos anteriores populares y no controvertidos” (p. 130), cuyo volumen satura el campo dando como resultado un cierto estado de “parálisis cultural” (p. 131).

Por otra parte, Steyerl también pone el acento en las cantidades de energía involucradas en estos procesos de recolección y procesamiento de datos. En ese sentido señala que, a partir del surgimiento y consolidación de los modelos basados en el aprendizaje automático, la cuestión del consumo de energía ha adquirido otra relevancia. La infraestructura termodinámica de las imágenes se inscribe en un marco ampliado, el de una economía político-digital de la entropía. Esto es, “un sistema masivo de quema, venta y lucro a partir de combustibles fósiles, que derrocha recursos, calienta el planeta y, como consecuencia, provoca la devastación del tejido ambiental y social” (p. 63). Todo esto, sin quedar claro aún en qué tipo de uso se podría aplicar, cuyos beneficios justifiquen la implementación de semejante infraestructura.

Otro de los aspectos que recibe especial atención en el libro es el modo en que el mundo del trabajo se vincula con el funcionamiento de modelos de generación y procesamiento de imágenes basados en aprendizaje automático. En relación a esto, el análisis se desagrega en dos niveles diferenciados. Por un lado, en lo que podríamos interpretar como un nivel por debajo del fenómeno, invisible, aparecen toda una serie de tareas llevadas a

cabo por agentes humanxs, a menudo obviadas en la narrativa hegemónica de los modelos de aprendizaje automático. Tareas como el etiquetado de imágenes o la moderación de contenido circulando en línea suelen recaer en grupos de trabajadorxs cuya situación de precariedad suele estar vinculada a su procedencia de zonas atravesadas por conflictos militares. Tal como lo plantea la autora: “la magia en apariencia no mediada de las imágenes que emanan espontáneamente de un cúmulo de datos, descansa en la explotación y la expropiación masivas en el nivel de la producción” (p. 122).

El concepto de “microtrabajo” remite a la posibilidad de desagregado de un trabajo en múltiples tareas mínimas que pueden ser distribuidas de forma online. Bajo esta lógica, miles de “trabajadorxs fantasma” son subcontratadxs a través de infraestructuras de la nube, como el caso de Amazon Mechanical Turk, para desarrollar tareas que la mayoría de las veces resultan omitidas de los relatos hegemónicos acerca de la IA. El libro recupera testimonios de primera mano, de trabajadorxs de distintas áreas a lxs que se podría identificar como la componente humana por detrás de la automatización algorítmica.

Al otro lado del funcionamiento de los modelos, en el nivel visible, pareciera que un gran número de profesiones, principalmente de las llamadas “industrias creativas” empiezan a verse cada vez más afectadas por la posible automatización maquínica de sus procesos. Sin embargo, la amenaza del reemplazo total o de la desaparición de ciertos oficios enmascara transformaciones de un nivel mayor de sutileza. Así, la precarización producto de la automatización maquínica es real, pero está más relacionada con la instauración de un entorno de producción controlado por unas pocas corporaciones propietarias del que resulta casi imposible evadirse. En este contexto, lxs profesionales afectadxs se encuentran en la posición obligada de pagar una tasa de acceso para acceder a los medios de su propio trabajo.

A esto, cabe agregar el hecho no menor, de que una de las claves de este tipo de tecnologías es su dependencia de bases de

datos masivas, constituidas a partir de la expropiación de gran parte de la producción artística disponible en internet. Esto cierra un círculo conformado por la captura y procesamiento algorítmico de todo objeto cultural disponible en línea, su uso para el entrenamiento de modelos generativos, que a su vez vuelven al campo laboral encargado de la producción de tales objetos.

En esta nueva entrega, la cartografía en permanente construcción de Hito Steyerl actualiza coordenadas para orientarse en el incierto contexto visual contemporáneo. Como todo mapa, este es también una herramienta de uso, la cual nos invita a sumergirnos en el mismo territorio que intenta describir. Queda por establecer qué recorridos serán desplegados a partir del mismo.

Agustín Pignata

Steyerl, H. (2014): *Los condenados de la pantalla*, Buenos Aires, Caja Negra.

TSING, A. (2023): *Ensamblajes multiespecies en el Antropoceno*, trad. Diego Ávila, Nicolás López Pérez, Raúl Rodríguez Freire y Rodrigo Zamorano, Santiago de Chile, mimesis, 215 pp.

¿En qué momento las fronteras del hogar se convirtieron en las fronteras esperadas para el amor? El ensayo de Anna Tsing que abre *Ensamblajes multiespecies en el Antropoceno* recorre esta curiosa pregunta. Como otras que en este libro parecen invocar una respuesta histórica y antropológica, es también un llamado de atención sobre el modo en que nos hemos contado ciertas historias, y sobre cómo esas historias han moldeado nuestras formas de afecto, comprensión y creación de mundos. Si la familia se convirtió en el límite de lo que merece ser cuidado, el gesto de Tsing es extender la pregunta a parentescos más que humanos: “¿qué significaría reconocer nuestro parentesco con organismos de otras

especies? ¿Podríamos experimentar algún deleite con nuestros primos que han desarrollado frondas o aletas?” (p. 6).

En este libro, *mimesis* reúne una serie de ensayos de Anna Tsing que se hallaban hasta ahora dispersos en distintas publicaciones aparecidas entre 2012 y 2017. Si hubiera que buscar, como estamos acostumbradas, un hilo a lo largo de los escritos, este tendría quizás la forma de las micorrizas. Los hongos, las setas, las esporas abundan a lo largo de las páginas, en imágenes —fotos y diagramas— pero también en “argumentos fúngicos”. Y con su variedad de formas sugieren modos múltiples de acercamiento, de diálogos posibles con estos parientes. La provocación epistémica de Tsing es también estética, corporal, política. En cada uno de los ensayos es posible recoger elementos para teorías y prácticas de conocimiento que no necesitan excluir dimensiones afectivas, lúdicas y placenteras para ser serias o rigurosas. Al contrario, nos incitan a inclinar el cuerpo, a salir a caminar, a atender los olores o a preguntarnos por el posible deleite de una socialidad más que humana. Esto implica también salir de los estrictos límites disciplinares, tomando la invitación de Donna Haraway de “ser al mismo tiempo científicas y críticas culturales” (p. 13).

El modelo del fetiche familiar es una forma específica de producir y diseminar amor y cuidado que Tsing anuda históricamente al monocultivo en tanto modo de domesticación de plantas y mujeres. Tiene como correlato una historia y una ciencia —o formas legitimadas de producir saber— basadas en el excepcionalismo humano. Esta suerte de ceguera que ha imaginado las prácticas de una especie —la humana— como autónomas y constantes a lo largo de las culturas y la historia. Sin embargo, señala Tsing, la domesticación, ese modo pretendidamente unidireccional con que la especie humana opera sobre la naturaleza para dominarla, puede ser pensada como una relación en la que nos hemos enredado con otras especies. En “Bordes díscolos: las setas como especies de compañía”, Tsing nos cuenta la historia de amor entre humanos y cereales, o de cómo los cereales domesticaron a los humanos. Se trata de entender cómo hace diez mil años el cultivo intensivo transformó el afecto a paisajes multiespecies en relaciones con conjuntos de plantas cada vez más pequeños, y cómo ese modo

particular de cultivo implicó a su vez un conjunto aún más pequeño de formas familiares. La expansión de esta agricultura intensiva se asoció al surgimiento de configuraciones políticas con jerarquías sociales, el Estado, en las que la subsistencia de las élites fue asegurada a través de diezmos e impuestos extraídos de las cosechas. A este romance entre humanos y cereales Tsing lo llama, con Friedrich Engels, “la derrota histórica mundial del sexo femenino”. En efecto, la maximización de la fertilidad de mujeres y granos circunscribió la movilidad de las mujeres al cuidado de la prole —exigida a su vez por la necesidad de manos que sostengan los cultivos— y redujo las interacciones multiespecies, moldeando en esa dirección las formas sociales del afecto. El hecho de que hoy otras especies sean queridas y cuidadas en tanto parte de la familia no es una excepción a esta tendencia. El modelo de la mascota no disemina el amor, señala Tsing, sino que lo mantiene dentro de los límites del hogar.

Al contarnos esta historia, la autora nos invita también a dar un paseo por fuera de la familia nuclear, tan restringida por la forma de las líneas de propiedad patriarcales. Deambular, caminar, buscar setas. La atención al paisaje como *lugar familiar* es el comienzo para apreciar las interacciones multiespecies. Tsing nos invita a buscar la diversidad en los bordes del cultivo estandarizado, en las costuras del imperio. Muchos hongos florecen en los límites entre campos y bosques, “como recordatorios de los placeres de la variedad más allá de lo doméstico” (p. 30). La invitación se enlaza con su propuesta de atender “a la contingencia histórica, a la coyuntura inesperada y las formas en que el contacto a través de la diferencia puede producir nuevas agendas” (p. 40). Tsing despliega esta teoría en “Sobre la no escalabilidad. El mundo de los seres vivos no se amolda a escalas de precisión anidadas”. Si el cultivo intensivo de cereales fue el inicio de una estandarización cada vez más acotada de relaciones interespecies y formas de familias, la plantación colonial de la caña de azúcar operó como motor de la dominación europea, que a fuerza de esclavitud afianzó el sentido de autonomía de las élites, y sirvió como prototipo de la escalabilidad. Se trata del modelo que naturalizó la expansión como forma humana de habitar la tierra. La plantación es una máquina paisajística que desde el Caribe colonial se expande sin límites. La escalabilidad, la hazaña

técnica que permite ampliar un modelo replicándolo, exige el control sobre los elementos del paisaje, su aislamiento respecto de otros elementos sociales —humanos o no— que puedan producir transformaciones significativas: caña injertada, trabajadorxs esclavizadxs. Aplicada a la mano de obra, la escalabilidad es responsable del carácter abstracto y estandarizado de la fuerza de trabajo, y está a la base del capitalismo en la teoría de Marx. Tsing advierte que la aspiración a la escalabilidad y la precisión en los diseños de investigación académicos reproducen el efecto: sólo permite ver bloques uniformes. Su teoría de la no escalabilidad no se funda en una diferencia normativa *a priori* entre lo escalable y lo que no lo es, su propósito es prestar atención “al montón de ruinas que deja atrás la escalabilidad” y mostrar “la manera en que la escalabilidad se articula con formas no escalables, incluso cuando las niega o las borra” (p. 34).

Así como no es una característica necesaria de la naturaleza, la escalabilidad tampoco es una condición para la generación de conocimiento. La ciencia en tanto modelo escalable se expandió junto con las formas escalables de producción. Pero si se obtuvieron beneficios, señala Tsing, fue porque el exterminio y la esclavitud que dejaron a su paso estos proyectos quedaron afuera de los libros. La teoría de la no escalabilidad es, así, una alternativa para conceptualizar al mundo: un modo de observar paisajes, un modo de cambiar la historia “desde una perspectiva local” (p. 36). Nuevamente las setas matsutake ofrecen a Tsing la posibilidad de contar otra historia: la de esta especie que resiste a las condiciones de la plantación, y que requiere de la diversidad dinámica multiespecie del bosque para vivir. Se trata de una historia inscrita en las ruinas de la escalabilidad, en sus contingencias, en sus fracasos, lo que Tsing llama procesos de “fricción”: este matustake crece en los abandonados bosques industriales de Estados Unidos. También sus recolectorxs resisten a la forma escalable de mano de obra. Lo interesante de estas historias, entre otras que Tsing nos cuenta, es que nos permiten comprender la urgencia de revisar nuestras prácticas de conocimiento.

El punto de partida es la *descripción crítica* de los encuentros relacionales a través de la diferencia, señala Tsing. En “Una

socialidad más que humana: para una descripción crítica” se propone una tarea intelectual que requiere de “saltos imaginativos en la misma medida que datos y argumentación” (p. 65). Echando mano de la antigua práctica antropológica de la “inmersión”, que implica aprender la socialidad de lxs otrxs a partir de la experimentación de sus modos de vida, Tsing propone salir de otra forma del excepcionalismo humano; la que con un criterio acotado de libertad —limitado a la idea de intencionalidad y planificación— distingue al humano por su capacidad de crear mundos. Reconocer, en cambio, que se trata de potenciales compartidos con otros seres vivos abre la posibilidad para pensar socialidades más que humanas. Tsing menciona a sus compañerxs de ruta: Donna Haraway, Bruno Latour, Tim Ingold y Eduardo Kohn. De este último toma la idea de que los seres vivos, humanos y no humanos, incluyen futuros sobre lo que hacen en el presente: “el porvenir es parte del modo en que las cosas vivas reaccionan” (p. 66). La descripción crítica mapea esos proyectos, intencionales o no, que crean mundos para el porvenir. La atención a los ensamblajes y a la forma permite estudiar los mundos sociales de seres con quienes no compartimos lenguaje. Por ejemplo, plantas y hongos. Ambos participan en la creación de mundos boscosos, en arreglos y preferencias singulares, señala Tsing, y no es imposible indagarlos. Uno de los métodos de evaluación de ensamblajes implica la atención a la sucesión de bosques; el otro es la observación de las formas corporales: los hongos llevan inscritas en sus formas sus biografías, rastros y huellas de las relaciones sociales en las que se desarrollan. Y aunque estos métodos puedan sonar exóticos, añade Tsing, la observación de la forma y el ensamblaje son herramientas bien conocidas en la antropología. Es el enfoque exclusivo en la socialidad humana el que impide conocer mundos distintos en los que participamos, sin ser quienes ponen las reglas.

Tsing insiste en la necesidad de sacudir nuestros instrumentos de investigación en “Strathern más allá de lo humano: testimonio de una espora”. Y se vale de la ficción para construir la voz de una espora como sujeto etnográfico. La voz ficcionada ofrece un dispositivo para realizar analogías culturales, ofrece una mirada crítica y reflexiva de las circunstancias y hábitos de pensamiento con los que nos acercamos, por ejemplo, a problemas como el de la

agencia, o del individuo. La espora habla de un yo que no es singular ni plural. Perturba lo que creemos saber y lo que podemos imaginar. Nos pide que consideremos una forma de acción distinta a la de la ejecución de un plan, una libertad como indeterminación, y que reimaginemos desde esa perspectiva el modo en que a través de trayectorias interactivas no prediseñadas hongos, plantas y humanos, entre otros elementos sociales, actúan construyendo mundos. Los bosques antropogénicos, por ejemplo. Si estos han sido invisibles para las disciplinas, por no encajar del todo en lo natural o en lo cultural, estudiarlos implica situarse en medio de lo que Strathern llamó “relación incómoda”. Con ella, Tsing muestra que esta incomodidad puede ser útil para reflexionar sobre la relación entre objetos e instrumentos de pensamiento.

La comparación strahterniana forma parte del método. Pero también la historia, aunque no como flujo, sino como “la *puesta en escena* a través de la cual se reúnen prácticas discrepantes”, “el afloramiento repentino de una oportunidad contingente para yuxtaposiciones incómodas” (p. 116). Los paisajes más-que-humanos, señala Tsing, están llenos de figuras que encarnan las interrupciones culturales de su tiempo. El ensayo “En medio de la perturbación: simbiosis, coordinación, historia y paisaje” propone pensar los *paisajes* como “prácticas espacializadas de habitalidad” (p. 125), o debates multiespecies en torno de las posibilidades de convivencia. Las simbiosis, como otras relaciones interespecies, surgen de coyunturas históricas inesperadas en las que las partes establecen nuevas coordinaciones. Esa novedad, a la que Tsing llama “algo más”, para ser aprendida exige más que un argumento teórico, exige observación empírica, pero sobre todo descripción etnográfica. En este ensayo Tsing practica una forma de hacer del paisaje un protagonista dinámico, siguiendo la historia de sus perturbaciones. Así como se necesitan mutualismos interespecies para vivir, también se requieren mutualismos transdisciplinarios, pensamiento colaborativo entre ciencias naturales y humanismo, formas nuevas de contar historias humanas y no humanas, historias de paisajes activos. Con la artista Elaine Gan, Tsing narra a través de diagramas y escrituras las conexiones y coordinaciones simbióticas de pinos, robles, matsutakes y agricultores de las que

surge un paisaje habitable particular de Japón: la arbolada de satoyama.

Que la habitabilidad surja como preocupación común tiene que ver muy especialmente con una coyuntura histórica, dice Tsing. En “La Tierra acosada por el Hombre” recorre algunos de los desafíos que el Antropoceno le plantea a la antropología, a la vez que deconstruye la genealogía ilustrada del “antropos” de ambos términos. ¿Quién es este personaje, el Hombre?, se pregunta. Uno de los hallazgos de la antropología, que se cultiva bajo su sombra, es que tiene una raza, un género, una religión y una teoría sobre la propiedad, todo lo cual no le impide generalizar. El Hombre prolifera, como también lo hace el Antropoceno. ¿Es global? Sí y no, responde Tsing. Su escala es planetaria por definición, pero es también provinciano, perspectivista y performativo. Tsing nos recuerda que nadie vive en un sistema global, habitamos *lugares*. Aun cuando supone una circulación global el Antropoceno se efectúa siempre en lugares singulares, y es irregular porque está compuesto de ensamblajes de habitabilidad. La figura de la plantación es nuevamente invocada en tanto simplificación ecológica. La alienación, ese trabajo cultural que opera la transformación de los seres vivos en recursos, en activos, hace posible esta máquina y está a la base de los dilemas del Antropoceno. La plantación es un avatar del Hombre que acosa la Tierra. A partir del estudio y la historia de distintos paisajes, como la plantación de caucho de Henry Ford en el Amazonas, o una granja de cerdos en Dinamarca, Tsing recorre la producción simultánea de la universalidad del Hombre y las historias vernáculas, provincianas que lo ligan a un lugar.

Pensar en términos de plantaciones permite percibir a su vez, dice Tsing, el carácter irregular del Antropoceno: los paisajes de plantaciones no están en todas partes, aún hay bolsones de habitabilidad, y quizás la tarea sea no sólo reparar en ellos, sino mantenerlos en su lugar. El ensayo que cierra el volumen, “Una amenaza para la resurgencia holocénica es una amenaza a la habitabilidad”, contrapone a la proliferación, en tanto forma de movimiento de la plantación, la resurgencia: “el trabajo de múltiples organismos que, negociando sus diferencias, forjan ensamblajes de

habitabilidad multiespecie en medio de la perturbación" (p. 183). A esta interrelación Tsing la llama resurgencia "holocénica", por su contraste con la proliferación antropocénica. Pero advierte que los términos no señalan una sucesión cronológica, sino divergentes modos ecológicos que coexisten a través del tiempo histórico. Su estudio sobre el satoyama muestra la resurgencia. En cambio, al observar cómo desde la década del 90 se propaga un determinado hongo descomponedor entre los bosques de fresnos de Polonia, Tsing retoma la figura de la plantación, ese modo de reorganización del mundo viviente en activos que priva a los organismos de sus compañeros ecológicos comunes. El comercio industrial de viveros, a través del cual viaja este hongo, forma parte del mismo principio: organismos casi idénticos son empacados juntos, y a la vez aislados de los demás. Las plantaciones y las formas que produce son incubadoras de plagas y enfermedades. La velocidad mortífera con que se propaga este hongo en el bosque de fresnos se vincula a esa forma particular de movimiento, la proliferación, propia de la plantación. Pero, como Tsing ha dicho, la inhabitabilidad antropocénica coexiste con resurgencias holocénicas. Entender la naturaleza semiótica y material de las ecologías del Antropoceno implica cruzar lecturas cercanas y distantes: observaciones etnográficas arraigadas en comunidades específicas y modos de trazar historias y conexiones más amplias.

En el prefacio a esta edición, Anna Tsing vuelve sobre algo crucial. Pensar en términos *más que humanos* implica ampliar nuestros instrumentos de pensamiento. Los mundos más que humanos, de los que formamos parte y de los que dependemos, ignorándolo o no, no necesitan de nuestras historias para existir. Pero nosotrxs necesitamos de ellas para conocer esos parentescos e involucrarnos en formas de habitabilidad. Tsing nos pide que nos olvidemos del idioma: la forma "nos lleva a mundos hechos tanto por seres vivos como no vivos", "es el conjunto de patrones a través de los cuales nos conocemos unos a otros" (p. 9). Contar otras historias, desarrollar otras teorías es una manera de reconceptualizar el mundo, y quizás, dice Tsing, de reconstruirlo: "de aquí en adelante, necesitaremos curiosidad —pero también dolor e ira, investigación y acción" (p. 11).

Rosario González Sola

BARAD, K. (2023): *Tocando al extrañx interior: la alteridad que entonces soy*, trad. Sebastián Puente, Buenos Aires, Cactus, 80 pp.

Los textos de Karen Barad, Marie Bardet y Alina Ruiz Folini proponen una reflexión en torno al vínculo, el contacto y la alteridad, cuestionando las concepciones clásicas del sujeto como entidad autónoma y separada. El tríptico del año 2023 titulado *Tocando al extrañx interior: la alteridad que entonces soy* permite pensar el contacto de diferentes formas, comenzando desde la física y la filosofía hacia una narrativa poética en el final.

Según la física clásica, el tacto es un efecto de la repulsión electromagnética, un efecto físico objetivo en donde los átomos de la piel o del objeto se repelen mediante fuerzas electromagnéticas. Esto no implicaría un contacto directo entre los cuerpos, sino una interacción de fuerzas que generaría una sensación de contacto. Karen Barad se propone en la primera parte de este texto reflexionar sobre este supuesto de la física a partir de la teoría cuántica de campos. Al principio del mismo, la autora se pregunta: “¿El tocar no es siempre ya, por su propia naturaleza, un involucramiento, una invitación, una invisitación deseada o no, de lx extrañx interior?” (p. 10)

La autora propone deconstruir la visión esencialista de la física clásica en donde entidades separadas interactúan, para, a partir de la teoría cuántica del tacto, pensar en la intra-acción de entidades que se co-constituyen. Esto significaría que no hay entidades previamente definidas, sino que existen a partir de su relación. En este sentido, la autora marca otra diferencia con la física clásica en su ontología: para ella, las partículas están constitutivamente enredadas con el vacío en lugar de solo ocupar un lugar en él.

La intra-acción no sucede en aislamiento, ya que todo puede ocurrir en esa indeterminación; es posible que las partículas tengan intra-acciones consigo mismas: por ejemplo, un fotón podría transformarse en un electrón-positrón y así mutar nuevamente. Esto significa una infinidad de posibilidades para la materia, a lo que la autora denomina “formaciones queer / trans*formaciones” (p. 23). A partir de este concepto de la autora sobre las auto-intra-acciones de la partícula, podríamos pensar que la materia lleva a un involucramiento. La materia no puede evitar tocarse a sí misma, poniendo en cuestión el *sí mismo*, que a su vez está difractado a través del tiempo.

En este sentido, para Barad, la identidad es la descomposición de la identidad en sí. Aquello que nos compone está siempre en transición; por ende, la materia es un infinito de posibilidades, no es fija, sino indeterminada. Asimismo, la difracción implica que cada uno está envuelto en el otro. A partir de este razonamiento, podemos reflexionar desde Barad sobre la responsabilidad colectiva, ya que en esa difracción e indeterminación estamos constituidos como responsables de otros.

El segundo texto del compilado es *Dar la mano*, de Alina Ruiz Folini. En él, la autora reflexiona sobre las formas de vínculo, encuentro y relación con la alteridad, problematizando los modos en que nos relacionamos con otros. “Dar la mano” puede ser entendido como un gesto de reconocimiento, de entrelazamiento con un otro. Ruiz Folini despliega una multiplicidad de manos — manos trabajadoras, manos que proponen economías alternativas, manos fronterizas e indeterminadas, manos no binarias, lesbianas, travestis, *cuir*, entre otras— que se reconocen como parte de “un mundo enmarañado”. De este modo, las manos no sólo remiten a la capacidad de realizar tareas, sino también a la posibilidad de entrar en contacto, de nutrir y sostener vínculos. Sin embargo, la autora también señala una ambivalencia: si bien las manos habilitan el encuentro, en el contexto de la pandemia el contacto se vuelve potencialmente amenazante por la posibilidad de contaminación y contagio. Así, las mismas manos que posibilitan la relación con otros también pueden convertirse en un riesgo.

En este sentido, una de las preguntas interesantes de este texto es: “¿Qué acontece si desplazamos la hegemonía visual hacia lo táctil?” (p. 32). Esta inquietud invita a pensar las texturas y materialidades que la autora describe en contraste con lo pulido e inmune de las pantallas —“superficies perfectamente pulidas”—. Frente a ello, el contacto entre las manos, la piel y el calor que circula entre los cuerpos aparece como una experiencia que podría verse debilitada o transformada en la digitalidad. Algo en el contacto entre las manos, la piel, el calor que se transmite entre los cuerpos, quizás se perdería.

El tercer, y último texto, de este tríptico, “M/e toca”, de Marie Bardet, propone reflexionar sobre el tocar y ser tocado. Entre juegos de palabras, la autora introduce una dimensión ética del contacto: “la sensación de lo que nos con-cierne (nos rodea con), nos im-plica (nos pliega dentro) y nos hace sentir respons-hábiles (con la habilidad de responder)...” (p. 45). En este último texto se retoma la pandemia como aquello que “nos tocó” para reflexionar sobre las condiciones de desigualdad en las que *nos* encontramos; en este sentido, la autora reflexiona sobre el “nosotrxs” para pensar en la heterogeneidad con la que está conformada la palabra.

Luego, retomando la idea de ambigüedad —también tratada en el segundo texto— sobre el tacto como una amenaza, Bardet reflexiona sobre los peligros del tacto y los peligros de la cercanía, generando transformaciones en nuestra sociabilidad. La autora cuestiona la idea de volver a la normalidad planteando que la “normalidad” del contacto con otrxs no es posible para muchxs; nuevamente hay una homogeneización de un nosotrxs que excluye a quienes están por fuera de la norma. Bardet propone la idea de cons-pirar: “¿Cuáles serán las situaciones en las que cons-pírar se vuelve posible (...) como juegos diferentes y recíprocos de apoyo/soporte, hacer/escuchar?” (p. 54), como una forma de resistencia.

Finalmente, los tres textos se tocan, abordando la idea de la relación, de unx mismx y con un otrx, repensando los sentidos. Invitan a repensar la subjetividad como algo relacional y en proceso. Como mencionaba al comienzo, al leer este libro unx se encuentra

en un principio con explicaciones de la física clásica y cuántica y, a medida que las páginas avanzan, la propuesta se vuelve cada vez más poética. Es por eso que, más allá de la importancia de cada texto y sus aportes, la potencia de este libro se basa en la convergencia entre disciplinas que parecieran tan disímiles, funcionando como una invitación a deconstruir nociones y a pensar con mayor sensibilidad sobre nuestros cuerpos y nuestra relación con lo que nos rodea.

Carla Malvacio

WARK, M. (2023): *Raving*, Durham, Duke University Press, 119pp.

Disociación, feminismo ketamina y abstracción resonante de Mckenzie Wark

Este texto parte de una inquietud colectiva de lecturas de McKenzie Wark, un punto de inflexión en la búsqueda de tantear sus conceptos y dar continuidad a estos estudios. Partimos del “no-lugar de la utopía” (Hartman, 2022) de fabulaciones disidentes, de corporalidades ruidosas. Dos experiencias no binarias provenientes de las Grotas Gerais¹ que desembocan en la UNICAMP, encontrándose en las confluencias teóricas del I Simpósio de Pesquisa de Transmutação Têxtil do Ateliê TRANSmoras, en diciembre de 2025. Nuestras confluencias se sitúan en el período pospandemia, en una convivencia queer de corporalidades disidentes y abyectas durante el proceso de aprobación de las cuotas TRANS en la UNICAMP, en abril de 2025. Más allá de la textualidad, existe una confluencia creativa y disonante que nos inspira a mirar nuestro lugar de investigación y reinventar prácticas

¹ Guih Landim vinde das Montanhas do Tapanhu, em Villa Bella do Turvo e Lhama de Lavras, Minas Gerais.

y metodologías con las que posicionarnos en el campo y en la arena social del pensamiento académico. Se trata de una experiencia que atraviesa vivencias en el colectivo Turvo, en el Taller TRANSmoras, en fiestas en el IFCH, DCE/Unicamp, Vuelta Transcultural, Sistema Bruto (Bar da Sandrinha), carnaval, Ballroom en el teatro de Arena y deambulaciones por la calle. Así, Wark nos provoca a sistematizar un pensamiento radical en el ámbito de nuestras incursiones y escrituras (Evaristo, 2020) en la perspectiva que nos presenta Carolina Cantarino (FCA/Unicamp) en la Mesa de clausura de los 10 años de La'grima, un modo de lanzar flechas para remarcar la escritura, comprendiendo que “otra ciencia es posible”.²

Preámbulo visual: las imágenes nos invitan a la práctica

(...) luces, corporalidades indefinidas, besos, lapsos, experiencias ruidosas, estéticas fragmentadas, coloridas, un frenesí de movimientos, los cuerpos y la calle, la calle y los cuerpos, la recreación de lugares delirantes. Antes incluso de la textualidad, McKenzie nos trae a la experiencia visual y sinestésica del encantamiento de la escena, una invitación al placer, al juego, abriéndose “a una necesidad expansiva, en sí mismos y en los otros” (Wark, 2023: 49). Al ver esas imágenes, consigo escuchar el *beat* de una *rave* y disociarme del lugar de una lectura convencional. Esa visualidad nos invita a pensar la experiencia, la praxis como percepción de conceptos que flotan en el aire, la música y la sensación del cuerpo presente sobre su entorno. Los conceptos como ondas sonoras convirtiéndose en movimiento, colores, patrones, ritmos y abstracciones resonantes. Las imágenes despliegan un contexto de psicodelia afectiva, un lugar de refugio, un portal. La textura de los espacios es aquí un organismo vivo e integrador, un líquido amniótico pulsante, danzante, vibrante. Una invitación íntima y onírica a la percepción de una experiencia sensible.

² Disponible em <https://www.youtube.com/watch?v=uG-u7QGTDHo>
Acessado em 18 de Abril de 2026.

...let's rave?



Figura 1 – Raving, Fernanda Lhama & Guih Landim, 2026, collage digital

Saberes situados: metodología de escritura de Wark

McKenzie Wark es una escritora australiana transgénero, nacida en 1961. Sus obras abordan temas relacionados con la teoría crítica — *A Hacker Manifesto* (2004), *Capital Is Dead: Is This Something Worse?* (2019) —, la teoría de los medios — *Gamer Theory* (2007) —, entre otros. Su libro más reciente, *Raving* (2023), relata vivencias insertas en el contexto de la escena queer alternativa del barrio de Queens en Nueva York durante el período de la pandemia de COVID-19. Es su primer libro después de su transición hormonal, mientras se enfrentaba a dificultades y transformaciones durante el proceso de escritura.

Al encarar el *raving* como práctica, desarrolla conceptos que operan como agentes impersonales en una escritura autoteórica y en capas: “Llaman a ésta *la primera camada* de estilo de escritura de autoficción. Estoy escribiendo. ¡Hola! Esta soy yo. Las historias aquí son ficciones que danzan en torno a los hechos. Estas cosas no ocurrieron. La persona a quien esto no le ocurrió soy yo” (Wark,

2023: 5).³ Wark entiende sus procesos de incursión en los *raves* como situaciones: “Llaman a ésta *la segunda camada* de autoteoría, si quieren. Estar escribiendo esto necesita reunir conceptos de situaciones, más de lo que necesita extraer historias de ellas. Esas situaciones son las *raves*” (Wark, 2023: 6). La autora perfora la burbuja del Yo, tan criticada en textos autobiográficos buscando la transición del interés individual al colectivo.

Disociación

A partir de la vivencia de un cuerpo transgénero que atraviesa disforias, Wark describe el acto disociativo más allá de un mero síntoma neurodivergente. Presenta la disociación como algo a alcanzar. Una forma de sentirse dentro del cuerpo y a pesar de él, simultáneamente: libre de sí, del lado de afuera del Yo. “Existir dentro de esos *beats* es como hackear un nuevo cerebro, que no odia mi cuerpo, que puede lanzarse a la pista del DJ y no a la pista de mi ansiedad, que permite que mi cuerpo sea un cuerpo deseable” (Wark, 2023: 80).

En el capítulo *Xeno Euphoria*, mientras su amiga “Q” se disculpa por haber estado distante porque no quería hablar de “cosas trans”, queda en evidencia el cansancio de cuerpos que no pueden simplemente existir sin resistir. Ambas relatan que, aunque honran quiénes son, no quieren ser definidas únicamente por la transexualidad y regresan a la pista de la *rave* como un lugar propicio que les permite ser sin preocuparse por la conformidad heteronormativa.

El abordaje de las relaciones entre las drogas y sus diferentes efectos sobre las formas de sentir y pensar el espacio y el tiempo se realiza sin la intención de incentivar el uso (o abuso) indiscriminado de sustancias nocivas. Es importante señalar que se trata de personas adultas, que valoran las medidas de reducción de daños y que conscientemente tensan los límites de lo que está permitido por

³ Traducción nuestra: todos los fragmentos de la obra de Wark son traducciones libres para la escritura de esta reseña.

la ley y reivindican la autonomía sobre decisiones que conciernen a sus cuerpos. Dicho esto, Wark asocia el ácido (LSD) a la disolución del Yo, lo describe como una tecnología que favorece la topología de la totalidad. Aunque la sensación sea pasajera, la reflexión puede ser duradera. Si pensamos las *raves* como lugares de socialización mediada por la música electrónica, llegamos a la noción de pertenencia, tan importante para las comunidades *queers* radicales.

En *Balanço Final*, Beauvoir (1972: 132) dice que: “todo dolor desgarrar, pero lo que lo vuelve intolerable es que, quien lo siente, tiene siempre la impresión de estar separado del resto del mundo. Compartido, el dolor al menos deja de ser un exilio”.

Wark reflexiona sobre el distanciamiento social exigido por las cuestiones sanitarias de la pandemia de COVID-19 y, una vez más, reivindica su autonomía contraponiendo el hecho de que dos amigas se quitaron la vida en ese contexto y que, probablemente, eso podría haberse evitado si hubieran estado envueltas en una red de apoyo. Esto nos lleva a la reflexión de que las minorías necesitan ser tratadas, en casos como este, como grupos de riesgo desde el ángulo de las políticas públicas; es necesario el desarrollo de directrices específicas para grupos específicos y que esto no se restrinja únicamente a factores físicos objetivos como la franja etaria, sino que tome en cuenta a sujetos de grupos minoritarios. No es que las minorías debieran estar exentas del distanciamiento social, sino que exista elaboración de enfoques posibles para atenuar el impacto psicológico en grupos cuyos indicadores sociales presentan mayor propensión a la depresión y al suicidio, como en el caso de la comunidad queer. En ese sentido, la Reducción de Daños (RD) emerge como una tecnología de cuidado fundamental, pues permite que la gestión de las vulnerabilidades se realice a partir de la acogida de las realidades subjetivas y no sólo mediante la imposición de normas biomédicas.

La autora describe el tiempo de la *rave* (que llama *k-time* en referencia a la ketamina comúnmente usada por lxs *ravers*⁴) como

⁴ El raver, desde la perspectiva de McKenzie Wark, es un sujeto que opera el “delirar” (*to rave*) como una práctica de supervivencia y resistencia disidente. Más que simples asistentes, conforman una clase inmanente que utiliza el techno y la

una cadena temporal paralela capaz de ofrecer refugio a quienes se entregan y se permiten experimentar el acceso a la disociación en el contexto histórico global capitalista. El golpe del techno (*beat*) se superpone a los clics de las manecillas del reloj. Wark afirma que el k-time solo puede ser alcanzado por quien se permite ser "follado" por el sonido y que, por eso, gran mayoría de hombres cisgéneros quedan fuera de esta experiencia. Esta afirmación representa una síntesis autoteórica de su punto de vista sobre cómo la música electrónica puede ofrecer un rico campo para que se desarrollen procesos afirmativos de personas queers, partiendo de la experiencia corporal hacia una mejor comprensión de sí mismxs y creando un ecosistema de acogida. El deseo por la disociación temporal se da por innumerables razones; entre ellas, Wark piensa en el deseo retroactivo de haber vivido el comunismo, aunque asume que nunca ocurrirá como programa definitivo lanzando la siguiente pregunta: "¿Qué es lo que aún puede compartirse entre humanos y máquinas, entre humanos y humanos?" (Wark, 2023: 31). Ante un meme de una mujer ostentando una hoz y un vibrador con los brazos en cruz sobre la cabeza, McKenzie Wark echa mano del término *femmunism* como una forma de compartir que incluye a la máquina pero no a la cisheteronormatividad, a la que vincula con una especie de obsolescencia técnica.

Feminismo Ketamina

McKenzie Wark teje un gesto de escritura visceral, de una observación que mira no solo a la *rave*, sino hacia el otro lado, hacia quien escapa de la sociedad capital, como un territorio de fuga que nos enseña sobre la ética de un saber localizado (Haraway, 1995) de quien entra en la danza, de quien se embriaga, quien vive la experiencia disidente, de una vida en riesgo inminente. Se trata de una grafía sensible y pulsante de una disidencia que invita a

disociación química para suspender temporalmente las normas de género y las lógicas de explotación del capital. El raver habita el "tiempo-k" —un presente continuo donde el cuerpo se funde con la máquina y lo colectivo, transformando espacios urbanos abandonados en territorios de libertad y experimentación subjetiva.

repensar el gesto de estar en campo, de participar de la vida de manera visceral, sentir el pulso de una *rave*, la textura de los colores, las corporalidades vibrantes que se embriagan de los encuentros con seres cósmicos y puntos luminosos que trascienden dimensiones espacio-temporales del ridículo capital. Así, ante un mundo ordenado, cisnormativo, racista y eminentemente conservador, cuyo engranaje masacra tantas idiosincrasias, McKenzie nos invita al riesgo, al juego, a la belleza radical de la práctica *rave* y, en el camino, a disfrutar minuciosamente de lo que podemos aprender de las sutilezas de esos territorios fabuladores y hackeadores del sistema.

La autora defiende el uso de la discriminación reparativa para favorecer el acceso a las *raves* para personas que las perciben no como una experiencia comoditizada, sino como un globo espejado de la precariedad de la existencia queer. Para quienes confían en la improvisación como una forma de práctica social. En este contexto, la disociación es vista como un refugio ante la disforia, facilitada por la ketamina; la desconexión con el Yo y con el mundo silencia la fricción de estas dos instancias cuando se une en consonancia con la tremulación sonora de la fiesta. Aun así Wark se pregunta: ¿por qué la disociación es señalada como algo negativo? ¿Como una acción que nos desprende del mundo, siendo que este mundo está roto, al igual que nuestras psiques?

Quizás, a veces, disociar puede ser también resociar. ¿Por qué no existe esa palabra? Que no haya palabras para a dónde vamos quizás sea la señal de que estamos por nosotrxs mismxs, pero por nosotrxs mismxs juntxs, intentando encontrar los caminos por los cuales podamos aguantar el fin de este mundo (...) En un tiempo disociativo, un tiempo transexual, el tiempo de la ketamina (...) El tiempo donde juntxs podamos llegar a sentir la presencia del Feminismo Ketamina (Wark, 2023: 9-30).

Feminismo Ketamina es el concepto utópico que abarca comunismo y feminismo, como un feminismo disidente que solo se consigue experimentar en estado disociativo del mundo. Ya que el capitalismo pasó por mutaciones y se volvió algo aún peor, el deseo por el comunismo es algo destacado del presente. Nosotrxs, lxs

ravers, habitamos un no-lugar donde hackeamos nuestros cuerpos de acuerdo con las necesidades de cada uno de ellos, rechazando la utilización de la naturaleza como excusa falaz en pro de la normatividad. Somos *feministas* por entender que nuestros cuerpos no son propiedad privada.

Abstracción Resonante

Aproximándose a Tim Ingold en su obra *Lines: A Brief History*, McKenzie Wark nos propone pensar los conceptos desde la perspectiva de las ondas sonoras, pensar a partir de la experiencia del trance, en el frenesí del *rave*, como algo trans e indisciplinar, que se transmuta en “movimiento, colores, patrones, ritmos, abstracciones resonantes” (Wark, 2023: 49). Las imágenes sensoriales del inicio del libro provocan sensaciones de esa experiencia, de una práctica académica de placer, de juego, un multiverso lúdico y onírico que se abre a la necesidad expansiva, en sí y en otros. La autora se lanza en “experiencias, sentidas como sensaciones, analizadas como percepciones —de las cuales pueden surgir conceptos” que resuenan y vibran con las experiencias graficadas en abstracciones resonantes. Estos pueden presentar percepciones en campos, patrones y ritmos “que flotan en el aire, como la música, como una sensación del cuerpo presente sobre su entorno” (Wark, 2023: 49).

En la medida en que los cuerpos *ravers* producen abstracciones, sentidos creativos con sus movimientos, la abstracción resonante tiene que ver con la sensación de ser maleable en un cuerpo y querer extender eso infinitamente. La abstracción resonante que atraviesa sentimientos y pensamientos retoma la visualidad y materialidad de los haces flotantes del inicio de la obra, comprendiendo el pensamiento como grafía de un flujo energético. Se trata de un trance que parte de “una proposición *rave*-situacional en la que el Yo, lo que más necesita, son momentos en que pueda disiparse, no estar ahí, reducirse a una parte móvil o una noción flotante, un *continuum* de movimiento donde poder disiparse, integrarse y estar en suspensión” (Wark, 2023: 50).

Wark piensa a partir de las relaciones entre ravers que orbitan a su alrededor, imaginándolas como átomos zumbando en algún compuesto químico inestable, creando un diagrama con trazados y conexiones de una gran trama. “Esta *diaficção* puede transmitir parte de la textura de las líneas y nodos en una macromolécula *queer* y trans de *ravers*” (Wark, 2023: 50). Tales relaciones expresan estrategias de comunidades, modos de hackeos (Wark, 2004) y espacios de [re]negociación crítica. Algunos factores importantes definen las rutas de las líneas de esos diagramas, como ravers DJs que tensan las líneas hacia sus órbitas y vendedores de marihuana, ketamina y *molly* que también se convierten en puntos de conexión. Se piensan simultáneamente diagramas de arte, diagramas de chicas trans blancas de Brooklyn y diagramas de *raves*. Pensando la *rave* como un espacio creado, una zona psicogeográfica, un microcosmo inmersivo de liberación de mentes afectadas por el capital cognitivo y su vector alienante.

Guih Landim

Fernanda Lhama

Beauvoir, S. (1972): *Balanço final*, trad. Rita Braga, Rio de Janeiro, Nova Fronteira.

Evaristo, C. (2020): “Da grafia-desenho de minha mãe, um dos desenhos de minha escrita”, en *Revista Corpo de Som*, 1(1), 16-24.

Haraway, D. (1995): “Saberes localizados: a questão da ciência para o feminismo e o privilégio da perspectiva parcial”, en *Cadernos Pagu*, 5, 7-41.

Hartman, S. (2022): *Vidas rebeldes, belos experimentos: histórias íntimas de meninas negras desordeiras, mulheres encrenqueiras e queers radicais*, trad. Deriva, São Paulo, Fósforo.

Ingold, T. (2007): *Lines: a brief history*, London, Routledge.

Wark, M. (2004): *A hacker manifesto*, Cambridge, Harvard University Press.

Wark, M. (2007): *Gamer theory*, Cambridge, Harvard University Press.

Wark, M. (2019): *Capital is dead: is this something worse?*, London, Verso.

Wark, M. (2023): *Raving*, Durham, Duke University Press.